



La descomposición del marxismo

Georges Sorel

José Szabón señalaba años atrás que la historia del marxismo no era otra que la historia de sus crisis. Si esto es así, nada más productivo, pues, para pensar críticamente la historia del marxismo, que reponer aquellos textos de este extenso *dossier* que jugaron un rol clave en los debates del siglo XX pero que las diversas ortodoxias silenciaron u olvidaron. En ese sentido, recogimos en números pasados un estudio sobre el intelectual estadounidense Max Eastman así como un debate clave desplegado en las páginas de **Socialisme ou Barbarie** de París sobre la cuestión de los sujetos de la revolución y las formas organizativas. En el mismo espíritu, iniciamos ahora con el texto de Sorel la publicación de un *dossier* sobre las “crisis del marxismo”. Le seguirán en próximos números otros textos también profusamente citados de segunda o tercera mano, ampliamente conocidos por las referencias de Gramsci o de Mariátegui, pero inasequibles hoy, como los de Masaryk, Croce o Henri de Man. El texto de **La descomposición del marxismo** (1908) se publica por primera vez en forma íntegra en castellano y está precedido de una introducción de Daniel Szabón, quien también tuvo a su cargo la traducción a partir del original francés.

Introducción a *La descomposición del Marxismo* de Georges Sorel

A lo largo de toda su vida y a través de las distintas etapas que fueron dibujando las cambiantes orientaciones de su pensamiento político, Georges Sorel (1847-1922) se caracterizó por la originalidad con la que dio cuenta de las variadas influencias recibidas y la creatividad con la que las tradujo en puntos de vista propios. Tal rasgo, a su vez, se refleja en la diversidad de autores y corrientes ideológicas que de modo directo o lejano reconocen la inspiración en alguna estación del recorrido soreliano: los nombres de Croce, Labriola, Gramsci, Benjamin y Mariátegui, pero también los de Maurras, De Man, Mussolini o Schmitt, ilustran la amplitud de lecturas y recuperaciones que mereciera quien, hacia el final de sus días, pudo recapitular “la multiplicidad de opiniones” que había

expresado, manifestación de “la libertad que disfruta el espíritu cuando razona sobre las cosas producidas por la historia”.¹

Primo del historiador Albert Sorel, mayormente autodidacta en materia filosófica, este ingeniero de puentes y calzadas retirado comienza a incursionar en el terreno filosófico-político poco antes de abandonar su cargo público, hacia la última década del XIX, en obras como **Contribution à l'étude profane de la bible** y **Le procès a Socrate**, que revelaban las preocupaciones moralistas de un espíritu, según su propia definición, “conservador”. El descubrimiento de Proudhon lo llevará a incursionar en el socialismo; de estos años datan sus primeros contactos con la obra de Marx y Engels, su temprana intención de “examinar a fondo el marxismo”, así como su colaboración con las revistas socialistas **L'Ere nouvelle** y **Le Devenir Social**.

El período siguiente de su vida, entre 1897 y los primeros años del nuevo siglo, marca su progresivo alejamiento de las posiciones “ortodoxas” dentro del movimiento socialista, tanto política como, sobre todo, teóricamente. Así, el abandono de **Le Devenir Social** se corresponde con su participación en el debate que en la II Internacional opone al socialismo “oficial” de Karl Kautsky con el revisionismo de Eduard Bernstein, tomando partido por esta última postura. Serán también los años de entusiasta participación política como *dreyfusard*. Es esta etapa la más rica en contribuciones teóricas sobre los alcances y limitaciones del marxismo en cuanto instrumento de conocimiento y como herramienta de lucha revolucionaria.

Los años que sigan, de 1903 hasta 1908, verán aparecer las expresiones más conocidas de la producción soreliana, cuando publique la trilogía conformada por **Reflexiones sobre la violencia**, **Las ilusiones del progreso** y **La descomposición del marxismo**, que corona el movimiento rupturista que aleja a Sorel del “socialismo par-

¹ “Avant-propos” a **Matériaux d'une théorie du prolétariat**, Slatkin, París, 1921 (original de 1918).

lamentario”, optando por lo que distingue como “socialismo proletario”. De esta etapa datan el profundo desprecio por la democracia representativa (incluyendo al propio movimiento dreyfusista del que formara parte), el nacimiento del “teórico del sindicalismo revolucionario” y su “hermoso hallazgo”, la teoría de los mitos.

Sin embargo, la creciente insatisfacción que le provocará la absorción del movimiento obrero en el sistema de partidos, producirá un nuevo giro, dando origen al período “derechista” del pensamiento de Sorel. Entre 1908 y la I Guerra Mundial frecuentará, cada vez más asiduamente, los círculos conformados por escritores, publicistas y militantes de los movimientos conservadores y nacionalistas franceses: el abandono de sus colaboraciones con **Le mouvement socialiste** (en la que participara desde 1904), la abortada publicación de **La Cité française**, revista que en 1910 proyectara junto con Georges Valois, figura principal del movimiento monárquico, la creación del no menos conservador **L'indépendance**, y el inicio de sus relaciones con Charles Maurras y la *Action française*, donde participará con entusiasmo del “Cercle Proudhon”, muestra el alcance del viraje. Es en esta evolución del pensamiento soreliano, la más árida en contribuciones intelectuales (sólo produce un libro, **Materiales para una teoría del proletariado**, publicado recién en 1921), donde encuentran su principal apoyo las caracterizaciones que hablarán del “fascismo” soreliano.²

No mucho puede decirse de los últimos años de Sorel: el triunfo de la revolución bolchevique le producirá un entusiasmo por el movimiento comunista (y por Lenin en particular) que lo acompañará hasta su muerte, en 1922; paralelamente, su figura empieza a constituirse en faro en el medio político y sindical italiano, donde será leído con avidez. El final de su vida lo encontrará al anciano publicista todavía esperanzado de ver antes del final “la humillación de las arrogantes democracias burguesas, hoy cínicamente triunfantes”.

Socialismo moralizante y socialismo científico

Sorel desembocará en el marxismo a partir de una inquietud suscitada por lo que considera el sentido descendente de la evolución moral de la civilización, y la concurrente inquietud por los fundamentos del conocimiento en su búsqueda de verdades sólidas en las que apoyar la dimensión precedente. Claro ejemplo de síntesis de ambas dimensiones de su pensamiento lo constituye la figura de Joseph Proudhon, cuya obra impacta decisivamente sobre Sorel en su reclamo de una ética surgida de condiciones de lucha. De la temprana oposición entre Teoría y Acción en la obra soreliana se podrá rescatar el aforismo proudhoniano según el cual las ideas “nacen de la acción y deben volver a la acción”;³ este cami-

no conducirá a nuestro autor a la búsqueda de una nueva ciencia, propia de la edad industrialista en la que se encuentra la sociedad.

Pero si bien Sorel llega a Marx y al socialismo movido por el anhelo de verdades cuya solidez descansa en la sistematicidad del estudio y en su adecuación a las particularidades del mundo moderno, sus inquietudes distan de calmarse con las obras de los teóricos del materialismo dialéctico. Por el contrario, y a partir de las lecturas de Vico y la temprana influencia recibida de Henri Bergson, sus escritos de los años '90 impugnan fuertemente el determinismo del organicismo biologicista en su tratamiento de la “naturaleza humana”, reclamando una separación entre el “medio natural” y el “artificial” como dominios de la ciencia, siendo sólo el segundo propiamente cognoscible, por ser fruto de la actividad humana.

El sentido último de las inquietudes cognoscitivas de Sorel refiere siempre a la cuestión de la *libertad*: la recusación del positivismo y la adscripción del hombre a la esfera de la “naturaleza artificial”, apuntan a demostrar la futilidad de las pretensiones deterministas de ciertas concepciones de la ciencia respecto al conocimiento de la actividad humana, ya que la libertad del hombre radica en su distintiva capacidad de “construir artefactos que no tienen modelo alguno en el medio cósmico”.⁴ La asociación entre *libertad* y *creatividad* encontrará su desarrollo a partir de una apropiación particular de la noción de *praxis* que reafirmará su convicción profunda en la indeterminación última de la vida humana.

Un marxismo *sui generis*

La aproximación soreliana al *corpus* teórico del materialismo histórico se había venido dando, como vemos, en forma coincidente con una progresiva inquietud epistemológica, dando como resultado un conocimiento profundo, si bien fragmentario, de la obra de Marx y Engels, así como una actualizada lectura de los principales teóricos que se reclaman marxistas para esos años, especialmente la de Antonio Labriola, así como de los de la II Internacional, particularmente los de Eduard Bernstein.

Para esos años la recepción de la obra de Karl Marx en Francia era aún parcial y fragmentaria y sobre todo filtrada a través de textos de divulgación como los de Paul Lafargue o Jules Guesde (además de obras mucho más complejas como la de Antonio Labriola). El propio Sorel, además de la obra de Labriola, ha leído de Marx fundamentalmente **El Capital**, además del **Manifiesto...**, **El 18 Brumario...**, **Miseria de la filosofía** y la “Crítica al programa de Gotha”. Un concepto tan central como el de *alienación*, que hubiera sido de gran relevancia para el enfoque soreliano, está ausente del tratamiento del marxismo en los medios franceses para esos años. Por otro lado, no deben olvidarse los intentos de Sorel por lograr una cercanía mayor con los textos confrontando la versión francesa con la original, a pesar de sus dificultades con el alemán, tarea que habla a las claras de una lectura mucho más metódica

² La línea que con más firmeza filia en el antipositivismo soreliano y el nacionalismo francés el origen “ideológico” del fascismo italiano es la seguida por Zeev Sternhell; cf. su trilogía Zeev Sternhell, **La droite révolutionnaire. Les origines françaises du fascisme. 1885-1914**, 1984; **Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France**, 1987 y **Naissance de l'idéologie fasciste**, París, Gallimard, 1989.

³ Proudhon, **De la justice dans la Révolution et dans la Église**, 1860.

⁴ “L'ancienne et la nouvelle métaphysique”, 1935 (orig. “Le procès de Socrate”, 1889).



de Marx que la que podía encontrarse en la mayor parte de los medios socialistas franceses de la época.

Este abordaje revela su originalidad desde el comienzo: en una serie de artículos aparecidos hacia 1896,⁵ Sorel puntualiza que la relación postulada por “los marxistas” entre infraestructura y superestructura no es nunca tan mecánica en Marx como la (mala) lectura de muchos de sus seguidores haría creer. El rechazo a una interpretación que entiende a la “estructura jurídica” como “engendrada” por la económica se corresponde con la exigencia de distinguir entre la centralidad de las bases económicas como mecanismo de “esclarecimiento” de las “manifestaciones sociológicas” y el verdadero conocimiento de “la cosa apoyada” sobre tales bases.⁶

La incomodidad que le produce el mencionado sesgo determinista vuelve aún más indigesto un componente central de la teoría marxista: en su prefacio a la obra de Labriola —con quien compartiera por entonces la inquietud contraria al mecanicismo de sus versiones vulgarizadas—, la crítica a la noción de “progreso” (que cristalizará, doce años más tarde, en **Las ilusiones del progreso**) le sirve como expediente para dirigirse contra la concepción de Marx de la historia.

Este aspecto del pensamiento marxista es crucial para Sorel, ya que al identificar a las filosofías “progresistas” del XIX con un pensamiento “providencialista” y utópico (esto es, conservador), debe distinguirlas de la filosofía de la historia subyacente en el marxismo. Por ello Sorel se apura a aclarar que el *de te fabula narratur* de Marx a los lectores alemanes de **El Capital** debe entenderse sólo como impugnación a la creencia de especificidad de la historia de Alemania, y no como postulación de un camino histórico prefijado. Del mismo modo, el entusiasmo con el que leerá la obra de Vico por esos mismos años no le impedirá rechazar sus *corsi e ricorsi*, no menos fijos y predeterminados que el modelo de progreso lineal.

La “vuelta a Marx”

Los años inmediatamente posteriores verán profundizarse esta reinterpretación de Marx a través de un tamiz particularmente cerrado respecto de los componentes más proclives a ser entendidos en un sentido determinista.⁷ En estos años se relaciona con figuras como Vilfredo Pareto, rompe con Antonio Labriola y se vincula con figuras del revisionismo de fin de siglo como Saverio Merlino en Italia y, sobre todo, Bernstein, a favor de quien intervino con entusiasmo en su debate contra Karl Kautsky al interior de la II Internacional, convencido de que la victoria de este último significaría “la ruina total del marxismo”, al despojarlo de todo interés científico.⁸

⁵ Ellos son “Superstition socialiste?”, noviembre 1895, “La science dans l'éducation”, febrero-mayo 1896 y “Progrès et développement”, marzo 1896, todos en **Le Devenir Social**.

⁶ “Préface” a Arturo Labriola, **Essais sur la conception matérialiste de l'histoire**.

⁷ “La necessità e il fatalismo nel marxismo”, cf. *infra*.

⁸ “Les polémiques pour l'interprétation du marxisme: Bernstein et Kautsky”, **Revue française de sociologie**, 1900.

Hacia fines de siglo, irán apareciendo escritos en los que discutirá con lo que se le aparecen cada vez más como limitaciones del propio *corpus* teórico marxista.⁹ La irritación que produce a Sorel toda postulación de “previsibilidad” y “determinación” del mundo lo llevará a una cuidadosa lectura de los fundamentos del conocimiento científico en la que los tópicos centrales del mismo (necesidad, libertad, determinación, predicción) son revisados críticamente. De esta revisión no quedará indemne la adhesión soreliana al marxismo, la cual deberá requerir una “descomposición” del término para poder sobrevivir.

Frente a lo que concibe como “idealismo determinista”, Sorel intentará un “volver a Marx” que reivindique la primacía de la materialidad de las condiciones de vida por sobre las elaboraciones de la conciencia humana. Las “ensoñaciones sobre el porvenir” suplantán al verdadero conocimiento científico, que permite constatar las modificaciones a las que se ve sometido el transcurso de la historia, pero jamás deducir de ellas el futuro. El error principal de este idealismo radica para Sorel en ignorar la especificidad de los diferentes niveles de la vida humana, y suponer que pueden remitirse todos a su “sustrato” económico.

Esta evolución teórica se da en el contexto de las transformaciones que atravesaba el movimiento obrero francés (así como el alemán), por las que dejaba de lado sus formas más radicales de recusación al régimen capitalista, sustituyéndolas con una progresiva inclusión en el sistema representativo. A la “revisión” de la modalidad de acción de la socialdemocracia alemana encarnada por Bernstein se le añadirá coyunturalmente la entusiasta participación de Sorel en el Caso Dreyfus —que años después repudiaría con amargo desencanto—, que se combinaba bien con la necesidad de dotar al proletariado de un sentido distinto para su acción revolucionaria al apagado motor de sus condiciones de vida, por entonces en sostenido avance.

Sorel redefine entonces las coordenadas maestras de la causa del movimiento obrero ubicándolo en su “vida interna”: es el “socialismo en nuestros corazones”, definido a partir del “sentido que damos a nuestra vida”. Esta reformulación de la opción bernsteiniana del elemento movilizador del socialismo frente al escatológico,¹⁰ conlleva una paralela redefinición de su elemento cognoscitivo, desplazado del campo económico al terreno de las construcciones mentales, a la *psicología*.

De esta forma, va cobrando forma una sorda impugnación de los fundamentos epistemológicos del modelo marxista, buscando desnudar sus límites y en el mismo movimiento postular la alternativa de un conocimiento “verdaderamente” científico. Tal operación se realiza a través de movimientos de re-interpretación de la obra de Marx que busca a la vez que restaurar el sentido pri-

⁹ Ellos son: “La science dans l'éducation”, **Le Devenir Social**, de 1896, y “La crisis del socialismo científico” (**Critica sociale**) “Nuovi contributi alla teoria marxista del valore” (**Giornale degli economisti**), “Osservazioni intorno alla concezione materialistica della storia” (**Sozialistische Monatshefte**) y “La necessità e il fatalismo nel marxismo” (**Riforma Sociale**), todos de 1898.

¹⁰ “El movimiento es todo, el fin no es nada”, citado en Sorel 1899a, p. 296.

migenio de sus escritos (desvirtuados por lecturas erróneas o interesadas), fundar un esquema político-científico que permita superar la “crisis del socialismo científico”.

La ubicación de la obra del propio Marx respecto al modelo impugnado es por ahora ambigua; no es a él sino a los “marxistas” a quienes les cabrán recusaciones firmes por el “idealismo” que subordina las complejidades e imperfecciones del “mundo real” a la abstracta elegancia que domina en el mundo de las ideas. La predominancia de los enfoques “teóricos” supone un peligroso intento de “socratizar” al marxismo, relegando el análisis de lo real, siempre caótico, anárquico, azaroso, indeterminado.

De allí la necesidad de ser fieles al “espíritu” del autor de **El Capital** (que no a su letra): si Marx ha privilegiado la dimensión económica en su análisis, cayendo por acción u omisión en planteos que escamotean el caos bajo la ilusión de la “unidad de los opuestos” dialéctica, se hace necesario recuperar el componente fundamental del materialismo en su dimensión fundamental: la *historia*. El fluir de la sucesión temporal aparece para Sorel desprovisto de argumento alguno más allá de la mera “fuerza” que los hace posibles, es decir, sin ningún tipo de “razón” en el sentido de “necesidad histórica”; este será el punto de partida para lo que será en los próximos años su acción política y teórica principal, que desembocará en su obra principal, **Reflexiones sobre la violencia**.

El Mito: contra las ilusiones del optimismo

Esta línea anti-intelectualista de la obra soreliana (en sintonía con las corrientes decadentistas y vitalistas del *fin-de-siècle* francés) habilitará en pocos años un juego de equivalencias que llevará al deslizamiento de la crítica a los socialistas “teóricos” a los “políticos”, frente a los cuales Sorel privilegiará la perspectiva del conocimiento directo de los propios trabajadores. Para el cambio de siglo, Sorel pasa de la hermenéutica del marxismo a una modalidad más directa de intervención política; sus artículos críticos son reemplazados por otros dedicados al análisis de la situación del movimiento obrero; es el inicio de su etapa ligada al “sindicalismo revolucionario”, en la cual entrará en relación con figuras como Fernand Pelloutier, Édouard Berth y Hubert Lagardelle.

En este contexto, en 1902 afirmará que la sociología debía adoptar “una actitud claramente subjetiva... que subordine de este modo todas sus investigaciones al tipo de solución que quiere recomendar” dado que “todas las clasificaciones y relaciones que se establecen entre los fenómenos... dependen de la finalidad práctica que se persigue”.¹¹ Esta declaración de fe pragmatista, que preanuncia la abundante presencia que tendrán en sus escritos las referencias a Bergson y William James, marca la orientación de la producción soreliana en estos años.

Será así que cuando en 1905 aparezcan sus **Reflexiones sobre la violencia**, su postulación de la utilidad práctica de las construcciones mentales que guían a los hombres a la acción revolucionaria es corolario esperable de este recorrido: “...los hombres que participan en los grandes movimientos sociales imaginan su más inmediata acción bajo la forma de imágenes de batallas que aseguran el triunfo de su causa. Propuse denominar *mitos* a esas concepciones”. Tales “mitos” no se oponen al conocimiento “verdadero”, sino que por el contrario permiten un conocimiento fidedigno de la realidad referida, ya que, a diferencia de la “falsa” ciencia, no se separan de ella, al no caer en el “idealismo” de subsumir la experiencia concreta en categorías abstractas. Complementando a Marx con Bergson, Sorel hablará de “intuición”, “evocación instintiva”, “percepción instantánea” o “experiencia integral” que permiten la comprensión inmediata del fenómeno por parte del sujeto.

Si el mito encuentra su razón de ser en el fin concreto hacia el que va dirigida su utilización, reconocer la naturaleza de la realidad, y lograr operar sobre ella en un sentido determinado, tal reconocimiento parte de una dualidad constitutiva del objeto sobre el que se quiere operar, que distingue entre “una zona clara y otra oscura”, siendo siempre esta última la preponderante. En todas las “producciones del espíritu” (ciencia, religión, arte, moral, derecho, economía) es palpable la preeminencia de la “oscuridad” sobre las “luces”, que se corresponde con la reivindicación de un “pesimismo” frente al “optimismo” del racionalismo que pretende la transformación del mundo de acuerdo a la realización de ideales abstractos. El pesimismo, en cambio —“metafísica de las costumbres antes que teoría del mundo”— si concibe una “marcha hacia la liberación”, lo hace a partir del “conocimiento experimental que hemos adquirido de los obstáculos que se oponen a la satisfacción de nuestros proyectos”.¹²

La vindicación de la “oscuridad” y de una actitud “pesimista” para oponerse a las pretensiones utópicas del idealismo ilustrado se corresponden con su rescate del Pascal de los **Pensées** como contrafigura del Iluminismo, línea que desarrollará en **Las ilusiones del progreso**, en 1908. Lejos de considerar esta oscuridad como obstáculo para las transformaciones que se pretenden operar sobre el mundo, el gran aporte del marxismo del que la “nueva escuela” de Sorel se considera parte estriba en el necesario reconocimiento de este carácter misterioso de lo real, indispensable para su modificación; nos permite apreciar la “complejidad inextricable” de los fenómenos históricos.¹³ Así, el mito de la huelga general le permite al movimiento proletario “representarse de manera total, exacta y sorprendente” este profundo misterio que es el socialismo “como una catástrofe cuyo proceso no puede ser descrito”.

Un marxismo en descomposición

Por esta vía Sorel avanza en su deconstrucción de la obra de Marx, intentando despojarlo de sus elementos “utópicos” e “idealistas”

¹¹ Introduction à l'économie moderne, p. 386.

¹² Reflexiones..., p. 149.

¹³ Las ilusiones..., p. vi.



y preservando su núcleo esencial, la postulación de la lucha de clases como inherente al funcionamiento del conjunto social y su corolario, el papel revolucionario del proletariado. Su **Descomposición del marxismo**, aparecida en 1908 y reeditada dos años después, complementa el esfuerzo de **Las ilusiones del progreso**: si esta última filiaba el “optimismo” cientificista y las teorías del “progreso” eterno en la confianza burguesa en el avance del conocimiento y la economía, en la **Descomposición...** delimita los aspectos rescatables de la obra del autor del **Manifiesto...** de los que deben expurgarse de ella.

Tomando como referencia la heterodoxia de Bernstein frente a la línea oficial de Kautsky, Sorel emprende aquí su ataque final contra el marxismo de “los marxistas”, al que opondrá un “marxismo de Marx” que en muchas ocasiones supone una hermenéutica que va más allá de la letra de su obra para recuperar su “espíritu” y así evitar, como en el modelo bernsteiniano, que la doctrina marxista quede condenada a la “esterilidad” a la que la reduciría el “inmovilismo” de Kautsky. En esta operación deconstruccionista, y en línea con sus obras anteriores, los dardos más pesados de Sorel se dirigen contra el marxismo de los “escritores socialistas”, categoría que se desliza en varias ocasiones entre una crítica anti-intelectualista que retoma motivos ya vistos en **Reflexiones...** y el rechazo a los “políticos profesionales”.

En ambos casos lo que se rechaza es tanto la distancia desde la que se analizan las condiciones del proletariado como el “utopismo” de suponer líneas de acción para el desarrollo futuro de la lucha social y para la construcción del modelo societario venidero. La impugnación soreliana rechaza subsumir el proceso revolucionario en formas políticas estatistas; la subordinación del movimiento obrero, verdadero nervio de la lucha de clases, a la conducción de los políticos y consecuentemente a reglas de funcionamiento típicas de esta esfera, supone despojarlo del protagonismo de la acción revolucionaria, diluyéndose así su potencial rupturista en una reconversión adaptativa que se reciclaría al interior del sistema en lugar de suponer una salida del mismo. Este es el hilo que une al blanquismo revolucionario del '48 con el reformismo de las *trade-unions* británicas, de creciente importancia hacia comienzos de siglo, ya que ambos disuelven la especificidad proletaria en los marcos del sistema político, y ambos lo hacen embargados por un similar “optimismo”, sea el de las aptitudes de la conducción partidaria, sea el de las posibilidades de ascenso e integración social.

Si el blanquismo y el *tradeunionismo* coinciden en cierto modo en la figura del denostado “Intelectual”, cuyas “fortalezas” son el partido político y el Estado, el propio Marx sólo logra sobrevivir a costa de una profunda revisión que lo libera de toda supervivencia utópico-intelectualista. Así, si el camino emprendido por Sorel no desemboca en un abandono definitivo del autor del **Manifiesto** —como el que seguirá pocos años después el belga Henri de Man en su **Más allá del marxismo** (1926)— es a costa de una reformulación profunda de su obra que hace de él un precursor de su propia teoría. Con la audacia que lo caracteriza, Sorel no vacila en construir a sus predecesores, afirmando que si se

analiza el famoso capítulo XXIV de **El Capital** “estamos en presencia de lo que he denominado un *mito social*”, y que si Marx nunca sospechó que preanunciaba de este modo a Sorel, esto fue producto de que su “apasionamiento” político “le impidió reconocer realidades muy claras”.

Así deconstruido, el marxismo se resuelve en Sorel en mera herramienta para la lucha de clases, al tiempo que abandona toda pretensión de conocimiento sobre la sociedad resultante del triunfo del proletariado y sobre todo cualquier intento de conducción del actor revolucionario, que encuentra en sí mismo, a través del sindicalismo revolucionario, las armas organizativas con las que entablar la lucha final, cuya inminencia se anuncia, con tonos milenaristas. Si bien el texto se cierra con la confiada esperanza de que la clase obrera logrará esquivar la tentación de quedar absorbido dentro de los marcos de la sociedad burguesa, hacia comienzos de la nueva década esta certidumbre ya no pudo seguir en pie; será entonces tiempo de otros compañeros de ruta, en los que la juventud nacionalista ocupará de algún modo el lugar dejado vacante por los trabajadores en las expectativas revolucionarias de Sorel.

Daniel Szabón